

## De la supuesta insensibilidad de los colombianos

A propósito de las trabas y resistencias que ha encontrado el intercambio humanitario, pero sobre todo a propósito de las más recientes matanzas, ha hecho carrera la idea (no la llamemos una tesis pues se la formula de manera axiomática, como si se tratara de un hecho duro, archicomprobado) de que la mayoría de los colombianos somos, o nos hemos vuelto, insensibles frente al cúmulo de acontecimientos. No obstante: ¿Cómo medir la sensibilidad? Al respecto no hay algo parecido al *Latinbarómetro*, un instrumento de diseño cuidadoso, que procura definir rasgos colectivos, identidades nacionales, eludiendo los estereotipos y las generalizaciones fáciles, comparando de una manera sistemática y recurrente. En cambio respecto a la sensibilidad y al modo de expresarse los editorialistas suelen salir del paso con el ejemplo del tipo de movilización masiva que se ha dado en España contra el terrorismo, trátase de algunas acciones de ETA o de los atentados del 11 de Marzo en la estación de Atocha. Pero la comparación es demasiado gruesa y hace caso omiso de diferencias históricas importantes. La más crucial a mi juicio, que en el caso de España han sido movilizaciones con expresiones organizadas, que los partidos han promovido y respecto de las cuales y para ello, han prescindido de sus diferencias, y de su rivalidad, por enzarzados que se hallen en la lucha por el poder (como lo estaban cuando el 11 de Marzo, en vísperas de una elección). Y, por lo demás, que se ha identificado bien el origen de la amenaza, que se ha podido trazar una línea clara, y que además ninguno de los que se pretenden dirigentes ha ensayado obtener dividendos mediante guiños o convenios tácitos con quienes permanecen en la ilegalidad.

Por su duración, por el número de víctimas y daños, los hechos aquí son más graves pero a la vez la responsabilidad sobre ellos es más difusa. Cuando los especialistas califican a guerras como la nuestra de asimétricas apuntan a eso: la desproporción, la disparidad, a lo mucho que permanece en la sombra, la dificultad de trazar una línea neta puesto que no se trata tan solo de dos contendientes, sino de varios y puesto que a su vez, unos y otros, han hecho un largo aprendizaje en aquello de “combinar todas las formas de lucha” dando lugar a un entramado, a una red intrincada, difícil de descifrar a simple vista. Y en la asimetría o desproporción hay además en el fondo un aspecto de la vida social colombiana que le hubiera interesado al máximo a un Tocqueville: la carencia en la base de la sociedad de un buen número de asociaciones voluntarias, el déficit de formas de representación y de organización; aquello que, por el contrario, el pensador francés encontraba como rasgo destacable de la sociedad norteamericana: la profusión y representatividad de las asociaciones voluntarias y por lo cual consideraba, premonitoriamente, que si tal vez se registrarían en su futuro guerras civiles y confrontaciones, de ellas saldrían incluso fortalecidas tales formas de asociación y representación que, habiendo surgido de la base de la sociedad, ya habían prosperado.

Respondiendo a una tendencia mundial, y a estímulos específicos, entre nosotros, al menos en la última década se registra un cierto y saludable auge de las organizaciones no gubernamentales y de formas de asociación local y regional, pero siguen siendo endebles y sobre todo, en un contexto como el actual, muy vulnerables. El clima de intimidación que subsiste en las regiones en donde ha habido presencia recurrente de actores armados ha sido evidente.

Y ése es un dato crucial que, quienes se arrogan una sensibilidad mayor y formulan el axioma de la insensibilidad de la mayoría, no suelen registrar. Y por cierto que afirmar

sin más respecto de los hechos de violencia de un período cualquiera de nuestra historia contemporánea, “todos somos responsables”, “todos hemos sido culpables”, contribuye a diluir la responsabilidad concreta de personas y grupos. Así como afirmar sin más “somos insensibles” por comparación con países como España, hace abstracción de la singularidad de nuestro conflicto, y está lejos de ser un juicio adecuado o equilibrado. Recordemos que esa escueta atribución de la responsabilidad colectiva tuvo una variante que lindaba con el cinismo: la de “todos estamos untados” que se utilizó durante el proceso 8000 con el propósito de diluir o escamotear las responsabilidades principales, para postular, sin más, que quien hubiere comprado en San Andresito un artículo de contrabando se lucraba lo mismo, y tenía la misma responsabilidad que el presidente que había sido elegido gracias a los dineros del narcotráfico.

Y no es que sea partidario de considerar la excepcionalidad del caso colombiano; comparar es ineludible, establecer analogías históricas es indispensable, pero se las construye precisamente para resaltar lo que haya de específico en cada caso, a conciencia de que las similitudes o tendencias compartidas por los casos que se comparan se agotan al llegar a lo singular, a conciencia en suma, de que comparar o hacer analogías no equivale a implantar a toda costa el principio de identidad  $A=B$ .

Uno de los analistas que nos juzga de fuera, pero que está harto familiarizado con nuestra historia y nuestra situación, es quien más ha insistido en la susodicha fragmentación y asimetría, llegando a aseverar, que es todo un elemento constitutivo de nuestra historia, y eso incluye a las propias clases populares, que *“demuestran la mayor desconfianza hacia un Estado que nos les garantiza el acceso a una ciudadanía social y a menudo dan en una especie de anarco-liberalismo que conduce a que cada sector social intente conquistar por su cuenta y riesgo las ventajas que pueda”*<sup>1</sup>

Fragmentación, tendencias particularistas prevalecientes, el individualismo como pauta de la propia acción social, profunda desorganización social en suma. Fuego cruzado pero en varias direcciones a la vez, dificultad de aplicar la lógica amigo-enemigo en un diagrama de fuerzas reconocibles. En cuanto a atribuciones de sensibilidad, así como en cuanto a atribuciones de culpabilidad hay que desconfiar de las generalizaciones y es menester hilar muy delgadito, toda sutileza resulta poca. Y en un contexto tan intrincado tal vez los signos más alentadores se esté recibiendo de la izquierda, de aquellos sectores de la izquierda que más hincapié hacen en el problema organizativo, quienes dentro del Polo Democrático Alternativo demuestran que han asimilado mejor la experiencia previa y saben deponer sus intereses de corto plazo, en aras de la rentabilidad institucional de un modelo organizativo nuevo y de amplia cobertura. Y de allí precisamente provienen los enunciados más ecuanimes acerca de lo que la sensibilidad colectiva significa.<sup>2</sup>

Fernando Cubides C.  
Julio 3 de 2007.

---

<sup>1</sup> Daniel Pécaut en : Midiendo fuerzas-Balance del primer año del gobierno de Álvaro Uribe Vélez, Planeta, Bogotá, 2003, p. 20.

<sup>2</sup> Cuando apenas iniciaba su tránsito a la legalidad, y en una ruptura nítida y consecuente con el pasado inmediato, y cuando apenas superaba el atentado al que sobrevivió, lo dijo Navarro Wolf ya en 1990: *“Ahora lo único que hay es un fuego cruzado en el que nadie sabe ni por qué dispara ni por qué le disparan. No se sabe a dónde va esto; o mejor se sabe que no va a ninguna parte. Cuando hay una causa la gente está motivada para luchar y hasta morir por ella. Ahora no hay una causa”* en declaraciones a Semana, Mayo 8 de 1990

